

Espejos ideológicos del siglo XIX: los extranjeros pintados por América Latina

Carina González¹

El concepto de *cosmopolitismo* se usa, en América Latina, para definir un rasgo del Modernismo. Sin embargo, en el siglo XIX, el acceso a la independencia de los países latinoamericanos produjo una forma específica de “cosmopolitismo”, basado en dos nuevas realidades: el Estado moderno y la idea moderna de Nación. Estas dos realidades, con sus cimientos epistemológicos y sus manifestaciones ideológicas, contribuyeron a una visión particular que los latinoamericanos tuvieron de sí mismos y de los extranjeros que es necesario revisar. Por un lado, la complejidad que encierra el término *cosmopolitismo* requiere un trabajo de desarticulación que permita entender las categorías involucradas dentro de ese concepto. Como rasgo definitorio del Modernismo, entran en juego dos aspectos relacionados con la amplitud de horizontes que el cosmopolitismo propone: por un lado, la unificación del mundo producida por las transformaciones físicas que, en el campo de las tecnologías y el transporte, revolucionan el área de las comunicaciones; por otro, el sentimiento de pertenencia a una tradición universal que hace a cada individuo miembro de toda la Humanidad, estéticamente planteado en la noción de literatura universal de Goethe pero también desde la perspectiva romántica de Friedrich Schlegel, quien no concibe la poesía nacional separada de la visión histórica totalizadora que la vuelve significativa.

Sin embargo, esta breve aproximación que resalta la cualidad inclusiva del cosmopolitismo no debe ignorar la contrapartida que aparece en la postulación de una literatura propiamente latinoamericana que busca en el extremo de lo autóctono y de lo local la base de su identidad cultural. El modernismo está afianzado en esta tensión fundacional que lo vuelve contradictorio y esquivo si uno intenta explicarlo a través del concepto de “influencias” (representado más tarde en la teoría de la dependencia) o lo reduce únicamente a meras innovaciones formales que vuelven a ligar, otra vez, lo nacional a un modelo europeo.²

En el siglo XIX latinoamericano, la idea de cosmopolitismo adquiere una dimensión particular. A partir de la constitución de los estados nacionales, las relaciones con Europa se modifican sustancialmente en todos los órdenes. Por un lado, el distanciamiento con las antiguas metrópolis después de las guerras de independencia marca una reacción endógena que promueve la necesidad de implantar formas de gobierno y prácticas políticas que exploren las fisonomías americanas para encontrar su materialización. Por otro, la apertura económica hacia otras naciones europeas origina una expansión que refuerza el intercambio económico pero también cultural e ideológico con Inglaterra y Francia. El punto de unión de esta tensión que oscila entre el distanciamiento y la aproximación se encuentra justamente en la concepción de un cosmopolitismo benéfico que piensa a las naciones americanas en términos de la interdependencia orgánica de todos los pueblos esgrimida por los románticos alemanes.

En este sentido, Juan Bautista Alberdi percibe a las culturas americanas como un desprendimiento directo de las europeas, hipótesis que le permitirá pensar la posibilidad de saltar etapas en la corriente del progreso a partir de su política del trasplante inmigratorio. Estas ideas tienen como sustrato ideológico el pensamiento que Saint Simon desarrolla en el *Catecismo de los industriales*, en el que el género humano se propone como un ser colectivo que se desarrolla según la ley del progreso. Para entender la actitud de Alberdi frente a las ventajas del elemento extranjero, es necesario situarse en el contexto de la intervención francesa en el Río de la Plata y los beneficios de una alianza que permitiría la destitución del tirano que obstruye los ideales de la civilización.³

Desde esta perspectiva que contempla la instrumentalización de las alianzas internacionales para consolidar una política interna, la cuestión de lo extranjero va más allá de la incorporación de los individuos a la vida nacional. Este tema se planteará primero en términos legales que tienen que ver, en principio, con nociones de derecho internacional y, más tarde, con la legislación que intentará ordenar la vida ciudadana a la cual el extranjero se sustrae sintomáticamente. La ley es el elemento principal que define al Estado. Por eso, los ideólogos americanos que piensan en sentar las bases que legislarán sobre las naciones del nuevo continente buscarán establecer un derecho que legitime y organice la vida política. La apertura que implica el cosmopolitismo inicia el debate sobre la asimilación de formas legales y su adaptación a América Latina. Se mira hacia Europa como patrimonio de la Humanidad pero, además, el extranjero (y su participación en las políticas

nacionales) está también en el centro de estas polémicas. Antes de que el inmigrante sea una realidad práctica, Alberdi reflexiona acerca de las acciones que Europa puede ejercer en las naciones que alcanzaron su independencia. En el caso específico del bloqueo anglo francés acepta la intervención de las naciones civilizadas contra la tiranía de Rosas como legítima ayuda garantizada por la comunión de los ideales revolucionarios que hermanan a los pueblos. En un textos de 1838 recopilados luego en sus *Escritos Póstumos* (1895) expresa que:

(...) el poder soberano, interviniendo él mismo dentro del círculo del derecho ajeno, privado o público, autoriza el ejercicio de la intervención reaccionaria y defensiva de parte de los intereses vejados o amenazados, tanto nacionales como extranjeros, y de ahí el derecho excepcional de resistencia o rebelión y el derecho excepcional de intervención; que son el corolario y complemento de la verdadera libertad. (71)

Dado que el pueblo americano, en quien reside la soberanía popular, no tiene la capacidad de transformar la voluntad popular en razón colectiva capaz de examinar, pesar y decidir, no duda en recurrir a la ayuda del aporte extranjero. En este caso, no sólo cambia la oposición ideológica por la lucha armada sino que plantea la posibilidad de crear hábitos a partir de las costumbres importadas sobre las que se sientan las bases de la única república posible.

Sin embargo, este concepto de intervención es solamente lícito para las naciones civilizadas de la Europa que ya no tienen intenciones de repetir la conquista porque sus pretensiones se ajustan a las nuevas interrelaciones signadas por el comercio. Otra interpretación diferente se aplica en las restricciones contra el poder expansionista de los Estados Unidos al alertar sobre los peligros de la doctrina Monroe. En sus escritos posteriores a 1847 compara las situaciones de Cuba y Texas admitiendo que la colonia española sigue viva mientras que Texas es ya parte del afán conquistador del Norte.

¿Qué es entonces la doctrina Monroe? La doctrina es egoísmo que se expresa en su mismo nombre casualmente: Mon-roer, es decir, mi comida, mi alimento, mi pitanza, dos vocablos casi españoles, como para que mejor comprendan su sentido las víctimas que hablan esta lengua. (Tomo VII, 65)

Este fortalecimiento de la actitud nacionalista no significa una negación de los principios cosmopolitas que igualan la patria a la humanidad y el pueblo al género humano, sino que expresa la posición dialéctica entre los influjos exteriores y los que proceden del propio país.⁴ Por esta razón, es más acertado

hablar en América Latina, de un “cosmopolitismo nacionalista” que sirve para explicar este tipo de contradicciones.

Del mismo modo Sarmiento trata de acelerar el proceso de civilización a partir de la modificación de las costumbres introducidas junto a la llegada de la inmigración. Me interesa resaltar dos estrategias discursivas que organizan los artículos de *Condición del extranjero en América*, publicado por Ricardo Rojas en 1927.⁵ Por un lado, el tema del extranjero se plantea desde el ámbito de la legalidad. Sarmiento discute en el campo del derecho la reglamentación de una política exterior que es necesario modificar para controlar la avalancha migratoria. En este punto marca las diferencias entre “extranjero”, “transeúnte” e “inmigrante”. En sus textos más provocativos señala la ineficacia del derecho de gentes para reglamentar la vida del inmigrante, ya que esta instancia legal surge como respuesta a la necesidad de respetar los derechos comerciales de aquellos extranjeros que transitoriamente se encuentran en tierras ajenas librados al libre intercambio de la economía pero que tienen intención de regresar a su patria, mientras que al inmigrante le corresponden las mismas cargas que sobrellevan los hijos de país. Es en este sentido que: “no hablamos, pues, con extranjeros, cuando de leyes de ciudadanía se trata; hablamos de emigrados e inmigrantes que han venido a establecerse en el país, y hace años lo habitan tranquilamente” (278)⁶

Por otro lado, Sarmiento se manifiesta como un ferviente defensor del cosmopolitismo basado en la universalización tecnológica que hermana a la Humanidad. Por eso afirma que: “En nuestros tiempos de civilización homogénea y universal, americana, europea, de líneas de vapores y caminos y de cables submarinos por estafeta, el patriotismo como recuerdo, es simplemente una enfermedad que se llama *nostalgia*.”(125) En este sentido, el extranjero está llamado a homologarse a la vida nacional. En muchos de sus artículos condena la pretensión de crear escuelas especiales para las comunidades extranjeras residentes en el país, desacredita la labor de los periódicos foráneos que se escriben en América, reprueba los reclamos consulares que exceden los tratados que reglamentan la política exterior e, incluso, se pronuncia contra la conservación de la lengua nativa de los inmigrantes. La visión cosmopolita de Sarmiento tiene, sin embargo, un límite que se expresa claramente en el principio epistemológico de civilización y barbarie con el que explica la realidad americana. La racionalidad aristotélica no es compartida por todo el género humano, de ahí que para los clásicos, el destierro “era salir del mundo de las ideas, costumbres, religión y lengua en la que se había nacido. Griegos y bárbaros, de ahí el mundo.”(124) Los

inmigrantes participan de esa racionalidad (no así los indígenas) pero para ello deben aceptar la universalización del mundo civilizado. El cosmopolitismo se funde, entonces en los límites de lo nacional.⁷

También es interesante la discusión sobre la terminología legal que descubre nuevos conceptos para pensar las relaciones con el extranjero. Nociones como “intervención”, “invasión” o “extraterritorialidad” sirven para llevar a cabo reclamos consulares que interfieren en las relaciones diplomáticas entre las naciones americanas y las europeas. No sólo en el caso argentino sino en México, donde el incumplimiento de algunos tratados se convertirá en excusa para una guerra, o en las extralimitaciones de la vida consular que Felipe Pardo y Aliaga censura en sus escritos sobre pleitos jurídicos.⁸

Para cerrar el tema del derecho, es importante indicar otro legado europeo que se incorporó como parte de la civilización que se extiende a América. Me refiero a la transposición del código napoleónico mediante el cual las naciones del nuevo continente reciben la reglamentación de esa sociedad burguesa surgida con la Revolución francesa. La confianza en las leyes civiles que destruyen las instituciones feudales anteriores tiene su aliciente en la expansión económica que dicho código hace posible. Aunque se trate de la imitación de un modelo europeo, Andrés Bello promueve su adaptación a la realidad de América Latina como parte de la racionalidad y del utilitarismo que rige la marcha del progreso universal.

Desde otra perspectiva, la dialéctica que define la situación del individuo dentro del Estado y la Nación modernos remite a una tensión entre lo individual y lo colectivo. El Estado se refuerza con el poder de la nueva sociedad burguesa, entendida según Hegel como una interdependencia de egoísmos recíprocos, y la Nación supone una serie de elementos compartidos como la cultura, el orden político, el territorio, un pasado y un proyecto futuro en común. La misma particularidad contradictoria se encuentra en el principio que estructura las representaciones estéticas. Por un lado, la figura del extranjero es una categoría cultural que permite representar la totalidad, llámese sociedad, nación u obra de arte.⁹ Por otro lado, es posible analizar la singularidad de lo extranjero en la construcción del personaje literario. De lo general a lo particular se trata, una vez más, de una cuestión de perspectiva.

En su apreciación del siglo XIX, Walter Benjamin ha señalado la importante relación que existe entre el arte de los panoramas y el realismo, más particularmente ligado a la representación de la naturaleza pero también de la historia. Técnicamente se trata de inmensos tableaux circulares

diseñados para ser vistos desde una rotonda. Para alcanzar la impresión de acercamiento, las escenas muestran ciudades lejanas y batallas históricas que constituyen un modo de hacer que el espacio y el tiempo estén al alcance de la mano, de traer lo lejano a la ciudad. Lo que subyace en este tipo de percepción es la intención de abarcar la totalidad.

Por otro lado, la semejanza técnica se reproduce también en la descripción de los dioramas. En el proceso de producción de esta forma de arte, Benjamin enfatiza la duplicidad que se debe manejar en la construcción del fondo y la forma, pintadas en ambas caras complementarias para que se produzca la diferenciación de las siluetas.¹⁰ El mismo procedimiento es aplicado en la literatura de folletín representada por los libros colectivos al estilo de *Les Français peints par eux-mêmes*, ya que:

In certain sense, they are moral dioramas -not only related to the others in their unscrupulous multiplicity, but technically constructed just like them. To the plastically worked, more or less detailed foreground of the diorama corresponds the sharply profiled feuilletonistic vesturing of the social study, which latter supplies an extended background analogous to the landscape in the diorama. (531)

Me interesa detenerme en este procedimiento de percepción que por un lado, acerca lo lejano (introduce, por ejemplo, Persia en París en los panoramas); y por otro, resalta los primeros planos de los personajes destacándolos sobre el fondo de una ambientación que no se queda en la mera contextualización histórica, sino que se constituye en la verdadera historia de las costumbres propuesta por Balzac. Este prolífico escritor francés no sólo coincide en el principio panorámico de la totalidad sino en la exploración de los espacios minúsculos que quedan fuera de los grandes acontecimientos. Para él, es necesario encontrar la expresión artística que sea capaz de dar a entender lo inmenso a través de los detalles. En este sentido alaba la destreza de Stendhal al narrar la batalla de Waterloo desde la retaguardia. Dice en el *Prólogo* a la *Comedia Humana* que “...al arte literario le es imposible describir los hechos militares más allá de cierto radio... Ese episodio (se refiere a la incursión de Fabrice en las tropas napoleónicas desde la periferia) revela en el escritor su conocimiento de ese peligro militar.” (CXL) El extranjero adquiere diferentes significados cuando se trata de la guerra. En *La Chartreuse de Parme*, el joven soldado tiene dificultades para defender la causa de Napoleón debido a su ascendencia italiana. Es tomado por espía, encarcelado y perseguido.

En muchos de los textos latinoamericanos que trabajo (entre los que figuran crónicas, memorias y novelas históricas) se plantea la situación de la guerra. Aquí, en el nivel colectivo, el extranjero se convierte en una cultura

ajena, una nación otra, un ejército. Entonces, los conceptos trabajados desde el debate político por Alberdi y Sarmiento encarnan con la fuerza de su materialidad concreta: se trata de una invasión (cuando no es la intervención utilitaria justificada por el bien de la civilización) En *Mi guerra de 47 (1875)*, Guillermo Prieto ejecuta con habilidad los cambios de perspectiva que se señalaron en lo pictórico, desarrollando un juego de distanciamiento y aproximación que se adjudica al extranjero en tanto enemigo. Las batallas se narran generalmente desde las alturas, desde el cerro, desde la torre de un campanario. Los *yankees* aparecen definidos como grupo desde la óptica de los panoramas: “...por todo eso andaban los *yankees* de aquí para allí, y se veían como inmensas serpientes blancas las hileras de sus carros con sus abovedados techos de lona” (50); y más adelante, “Por las lomas de los Morales se veían como una inmensa culebra aterciopelada entre cuyos pliegues reverberaban haciéndose olas las espadas. Aquello era la caballería con cinco mil hombres como trinquetes” (33)

Aunque la distancia geográfica se acorta cuando la masa de soldados ingresa al DF, los *yankees* no pierden esta caracterización colectiva, “Venían con sus pasotes muy largos y como que les cuadraba nuestra tierra, muy grandotes, reventando de colorados y con sus mechales güeras, con sus caras como hechas todas de un solo molde” (123) Prieto reserva los primeros planos, el acercamiento al personaje singularizado en la narración de una hazaña, para los “patriotas”. Los mexicanos son retratados como héroes pero, en esta caracterización el escritor aún prefiere el trabajo con los héroes populares (por ejemplo, la historia de Marquitos Arrevillaga, elegante afeminado que se va de dependiente a la batalla); mientras que las grandes personalidades históricas se hallan únicamente esbozadas con formas abstractas y desde la distancia que impone su rango. “Santa-Anna en todo está, es despierto como una avispa, tiene un ojo que escudriña, la mirada es el todo en Santa-Anna: inquiera y agarra con ella, es leperusca al extremo”(18)

El tratamiento de los temas y personajes en la novela revela un cambio de perspectiva también en el paradigma de la Historia. George Steiner señala el final del heroísmo una vez que se acaba la gloria napoleónica a partir de 1836. Se produce el abandono de los personajes históricos y la aparición del hombre común como protagonista. Refiriéndose a los novelistas realistas ingleses del siglo XIX apunta:

(...) they sought to render the new tempo of life in the private experiences of men and women who were in no way historical personages. Or like, Jane Austen, they portrayed the resistances which the old-established and quieter forms of behavior offered to the inrush of modernity. (23)

Estos nuevos personajes derivan de la revolución industrial guiada por reglas mercantiles y se rebelan contra la rigurosa moral burguesa que es su complemento social.

Entonces, en la construcción del personaje se repite la misma tensión entre dos extremos diferentes. En primer lugar se opone la noción del *grande homme* definido por Victor Cousin como aquel hombre que resume el espíritu de una época y de una nación, versus el descubrimiento del hombre ordinario que, a lo largo del siglo XIX, encontrará diferentes acepciones, algunas apoyadas en el concepto de *aura mediocritas* de Horacio, otras en el *hombre promedio* de Adolphe Quetelet, que tendrá importancia en el desarrollo del personaje naturalista, o en el *hombre mediocre* de José Ingenieros que ajusta a la interpretación del positivismo a la manera americana. El efecto de estas clasificaciones se extiende también a la esfera estética. Otra vez Balzac puntualiza la dialéctica presente en todo *grande homme* que el novelista debe saber ocultar. En su apreciación de *La chartreuse de Parme* publicada en la *Revue Parisienne*, elogia la capacidad de Stendhal para resolver la dicotomía entre el ser humano y el hombre de Estado. Balzac resalta su habilidad para ocultar en un personaje menor, el conde Mosca, la gran figura histórica del príncipe von Metternich. Se trata de utilizar la faceta del hombre común que encierra también todo grande hombre al mostrarse como ser humano sujeto a pasiones y contradicciones.¹¹

«Le rôle du prince est tracé de main de maître, et c'est, comme je vous l'ai dit, le Prince. On le conçoit admirablement comme homme et comme souverain. Cet homme serait à la tête de l'empire russe, il serait capable de le mener, il serait grand; mais l'homme resterait ce qu'il est, susceptible de vanité, de jalousie, de passion...La critique ne peut rien reprocher au plus grand comme au plus petit personnage : ils sont tous ce qu'ils doivent être » (59)

Regresando al ámbito de América Latina, las novelas históricas de la época persisten en centrarse en la figura del héroe. La incorporación del romance a la Historia es, en muchos casos, sólo una excusa para dar lugar al verdadero protagonismo de la lucha armada. En *El cerro de las campanas* (1868) Juan A. Mateos no duda en presentar las grandes figuras de Maximiliano y Carlota respetando el canon clásico del héroe trágico. Sin embargo, el extranjero tiene otro orden de aparición en la versión denigrada de los personajes vulgares. En este sentido, describe a los grandes generales (que muchas veces son caricaturizados) a través de la degradación de la vejez o presenta el retrato de Napoleón III deteniéndose en sus defectos: “Cuando se le ve pasearse por los jardines de las Tullerías o de Vincennes, se le encuentra vulgar, descansando

medio cuerpo arrogante en unas piernas raquílicas que tienen por base unos pies anchos y deformes” (262)

Esta ridiculización deviene en el desplazamiento del personaje extranjero hacia lo grotesco. Tal es el caso del alferez Poleón y sus altercados con la familia Fajardo. Este personaje refleja la desilusión de los conservadores, quienes veían en la cultura francesa la posibilidad de obtener una falsa nobleza, y el desconcertante descubrimiento de que, franceses, son también los guardias zuavos, los cazadores del África, y los argelinos.

El alferez de Cazadores, era una especie de bruto con uniforme, exageradamente alto, y parecía delante de aquel matrimonio al capitán Gulliver en el país de los liliputienses. El soldado tenía unas manos de pasiego y unos pies de metro y medio de longitud; sus acicates estropeaban la alfombra, y él estropeaba la vista con su presencia. Mascaba tabaco y escupía continuamente; en fin, era un ordinario de marca. (56)

Sin embargo, la estricta correlación instaurada en el canon clásico del héroe con lo trágico y del hombre vulgar con lo grotesco (que según Eric Auerbach sigue respetándose aún en algunos escritores realistas como Stendhal), se desarticula con la categorización de los tipos sociales. En este punto, la figura del extranjero no sólo representa la colectividad encarnada en lo general sino que sirve para plantear los tipos nacionales en virtud de la diferencia. En cuanto al acercamiento teórico, los tipos vienen de la concepción científica que Balzac toma de los estudios de Geoffroy Saint Hilaire, quien descubre que hay un sólo patrón común en la zoología y que las diferencias proceden de los medios en que se desarrollan las especies. El novelista francés pone en relación esta evolución de las especies biológicas con la sociedad. Sin embargo, me interesa destacar que lo que importa en la configuración de las tipologías es, nuevamente, la relación dialéctica que existe entre un individuo y los trazos generales que lo hacen representativo de un grupo. Como lo apunta George Lukács al definir la literatura realista asociada al principio aristotélico del *zoon politikon*, los tipos sociales se hallan en esa tensión entre lo particular y lo general, no son una figura promedio ni excéntrica sino que se manifiestan en la personalidad que está perfilada por las tendencias evolutivas de la sociedad. Por eso, los tipos como Vautrin o Sorel:

revelan de modo manifiesto cualidades particulares de su típica; concentran en su existencia las determinaciones de una tendencia histórica real, pero nunca son su encarnación ni su ilustración. En cuanto los percibimos como verdaderos tipos se nos hace evidente de modo inmediato la dialéctica de lo particular, con todas sus contingencias individuales, y, a su vez, la dialéctica de lo típico (...) la misma inseparabilidad de su más profundo ser individual y del elemento típico, igualmente profundo y general. (160)

La misma ambivalencia que persiste en el cosmopolitismo, el hombre como miembro de un todo universal pero capaz de conservar las características específicas de sus accidentes nacionales, se traslada a los tipos estéticos que registran una relación idéntica entre la individualidad y la sociedad. Poco a poco lo heroico se pierde y aparecen los caracteres arquetípicos que definen al hombre común. En el auge de la novela de folletín encuentran técnicamente su medio material que también se expresará en las propuestas didáctico-morales de los costumbristas.

En América Latina la tipología del extranjero cambia de acuerdo con la coyuntura histórica, pero siempre está puesta en relación con la fisonomía interna de los tipos nacionales. En *El cerro de las campanas* se ridiculiza el tipo autóctono que se ha afrancesado por su simpatía con la intervención. La caracterización más audaz es la de doña Efigenia, la esposa del señor Cantolla, quien se viste a la moda de París, emplea palabras francesas y hasta pretende huir con el alferez Poleón.

Doña Efigenia, sabedora de que su esposo estaba comunicado, se presentó en la Martinica vestida a la francesa.

Llevaba un túnico de gró moaré con recogidos, un sombrerito de paja lleno de cintas y de flores atado con lazo rojo, un saquito de abalorios dejando ver su abominable cintura, botitas y guantes verdes.

-Dónde está el malheureux?

...

-Si, yo tengo de venir a esta prisonimant, por buscar a Cantolla...(329)

La misma apreciación extranjerizante tienen las *margaritas* del texto de Prieto, esta vez con la carga moral de haberse vendido al enemigo: “Las *Margaritas*, que así les pusieron a esas traidoras tarántulas, comían jamón, bebían *huiski* y daban saltos de yeguas frisonas”(172) Sin embargo, a esta versión falsa del ser nacional se le opone la de la original y pura belleza criolla. En el libro colectivo *Los mexicanos pintados por sí mismos* que imita otros libros europeos de la época, se retrata el tipo nacional de “la china” enfatizando una inocencia que la aleja de la artificialidad extranjera.

Mariquita no conoce el corsé: si lo viera desde luego pensaría que semejante aparato fue uno de los instrumentos que sirvieron para el martirio de Santa Ursula...tiene la seguridad de que al falsificar un patatús los aficionados que la auxiliaran, aflojándole las ropas, no se encontrarían con ciertas cosillas postizas, verdaderos apéndices y suplementos de lana y algodón, que completan los encantos de otras muchas pasipollas....mucho menos podrá decirse que la tez de su cara es una especie de manufactura de la dulcería francesa. (123)

El tipo más arriesgado de modelo extranjerizante se halla en la descripción de Don Serafín realizada por Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio en su obra dramática *La catarata de Niágara*, recopilada en el libro *Las liras hermanas* (1871). Este personaje es bastante controvertido porque adhiere a la política del egoísmo personal (inspirado en el afán de ganancia yankee) y descrea del amor a la patria y del deber heroico de defenderla.

*Soy un yanqui, ya lo ves,
de la esgrima sé los giros,
mi pistola de seis tiros (señalándola)
y hablo muy bien el inglés.
Todo mi ser se retrata
en mi traje, y estoy bien:
ya me figuro en el tren,
en marcha a la catarata. (411)*

Este desapego es extraño para la época en que se estrena la obra (fue representada en el Principal en 1862) ya que la intervención francesa era inminente y la cuestión de una nación extranjera, ya sea norteamericana o europea, más bien enaltecía el fervor patriótico.

Siguiendo la descripción de los tipos sociales se arriba a una visión, también dialéctica, formulada a partir del costumbrismo. Desde esta perspectiva, se vuelven a pensar los vínculos de lo universal, ya que se trata de encontrar arquetipos generales pero buscando la singularidad que hace a la identidad de cada pueblo. Lo que sucede es que esa singularidad se centraliza en el descubrimiento de rasgos negativos que definen lo que hay que corregir. De ahí el empleo de la sátira como medio de educación moral. En esta relación de los vicios comunes, se traduce una desilusión ante el proyecto de las naciones liberales que encuentran que los males no están en el individuo sino en la sociedad.

En uno de los diálogos de Erasmo Luján con el Gallo que encierra el alma de Pitágoras, Juan Bautista Morales alude a esta inclusión de lo particular en lo universal que evita los reproches personales.¹²

Es un crimen imperdonable murmurar del prójimo, tomando por asunto de la conversación ó de la crítica, el crédito, el honor, la conducta de una persona determinada; pero es una virtud atacar á los vicios en general. Es cierto que al pintarlos ó reprenderlos, muchas personas se encontrarán retratadas ó reprendidas; mas esta no es culpa del que pinta ó reprende, sino del criminal que con su conducta se ha colocado en el número de viciosos. (66)

En este texto el escritor propone una revisión de las costumbres para seleccionar aquellas tradiciones que se encaminan por la senda del desarrollo industrial y el progreso económico, además de corregir otras que se interponen a esa proyección. En el caso de México, los retratos costumbristas marcan la grieta que existe entre una sociedad ideal, planeada por las políticas de una nación recientemente independiente, y la que se manifiesta con la crudeza de la realidad. De ahí sus reclamos ante la dictadura de Santa-Anna y sus protestas contra el mundo de las apariencias opuesto al ideal de la productividad que ansían los liberales. En este marco, la comparación con el extranjero permite nuevamente una unificación, pero también repone el eje de lo particular a partir del distanciamiento. Como señala Carlos Monsiváis en su estudio introductorio:

El costumbrista, que por serlo es un moralista, castiga riéndose, desea captar el conjunto a través de la minucia, y se concentra en aquellos que aleja a México del concierto de las naciones civilizadas: el despilfarro, la prepotencia, la ostentación, el logrerismo, la ineficacia, el cohecho, la deshonestidad (12)

Aunque aparentemente las naciones europeas no se hallan dañadas por los vicios que separan a México de la civilización, coinciden en el apego a tradiciones que no se ajustan con la sociedad soñada. En esta serie de artículos publicada en una sesión especial del periódico *El siglo XIX*, Morales busca en la idiosincrasia de cada cultura el germen de su corrupción. De esta manera, los ingleses se representan a partir de una austeridad griega llevada al límite de la inacción, los angloamericanos son producto de la corrupción materialista que ellos mismos promueven y los franceses se pierden en los desvíos de la diversión. Es interesante la reflexión acerca de sus ídolos históricos, época de gloria que ya quedó atrás y que sirve en los textos costumbristas como un motivo más de la sátira.

Los franceses en su mayoría, no sólo aman, sino que veneran con cierta especie de fanatismo a Napoleón, principalmente si alguno de ellos ha tenido la imponderable dicha de servir, aunque haya sido de pito o de tambor en el ejército imperial...Tuvo acerca de su héroe una disputa con un inglés, que para aquí entre nos, pensaba lo mismo que yo, que el tal Napoleón había sido en sustancia un malvado con fortuna, que deslumbró con apariencias, como todos los conquistadores afortunados. (19)

Finalmente, cuando el alma del filósofo griego decide abandonar al metalizado anglosajón no encuentra un cuerpo virtuoso y pasa a habitar el del animal más noble, un gallo sin ánimos de ser gallo de pelea. Esta elección plantea la decisión de eludir al mexicano por hallarse en un proceso de recuperación luego de la época de las revoluciones. Con esto Morales se

queja de la provisionalidad de las instituciones y de la precariedad a la que el estado de crisis permanente somete a la nación mexicana.¹³

Esta búsqueda de los defectos satirizados en el costumbrismo desemboca en los principios teóricos del positivismo sobre los que se elaboran los tipos sociales de la novela naturalista. Sin embargo habría que pensar en la manera particular que América Latina tuvo de entender los postulados de esta doctrina. Partiendo de las ideas que Auguste Comte desarrolla en su *Curso de Filosofía Positiva*, el siglo XIX se explica como producto de la ley de los tres estados. La fase metafísica representada por la revolución destruyó el orden teológico y la estratificación del estado católico-feudal. En este sentido, el orden metafísico sustituye la religión por la fe en la ciencia y en la dinámica del progreso. Sin embargo, Comte entiende la revolución como una instancia provisoria que debe dejar lugar al estado positivo capaz de hacer caber el orden en un gobierno revolucionario. El problema en América Latina es que, en la mayoría de las nuevas naciones, la revolución se torna en algo permanente.

En el caso de México, el positivismo se interpreta en términos de política militante. Se trata de imitar un modelo europeo adaptándolo a las circunstancias históricas del país. De esta manera, la filosofía positiva se usa para legitimar al grupo político representado por el gobierno de Porfirio Díaz. Sin embargo, hay que destacar algunas diferencias más profundas de esta implementación. Por un lado, la desigualdad que signa las posiciones sociales procedente de las divisiones dentro del mundo laboral, no se vive, en las sociedades americanas, como condición de la ley positiva. En parte porque la oligarquía no se resigna a perder sus privilegios y porque la Iglesia católica sigue teniendo poderes que exceden lo religioso. No existe el concepto de la religión de la Humanidad sino que la totalidad todavía se piensa dentro de los parámetros nacionales y restringida al ámbito católico.

Por otro lado, Gabino Barreda, uno de los principales pensadores que adapta la filosofía positiva a la sociedad americana, insiste en que la fase metafísica es la definitiva ya que impone el orden permanente de la revolución. En su lugar, el espíritu negativo está representado por la intervención extranjera y el triunfo de México demuestra que en las sociedades americanas se halla la esperanza de continuar el camino humanitario del progreso. “México encarna en esta lucha al espíritu positivo de toda la humanidad, en lucha con las huestes de Napoleón III. Europa entera ha sucumbido ante estas fuerzas, sólo México logra enfrentarse a ellas y decidir con su victoria, la victoria del espíritu del progreso.”(65)

Al mismo tiempo, estas adaptaciones de la doctrina positivista se trasladan al campo literario. En Europa, además de la filosofía comteana, el darwinismo social y el desarrollo de la estadística se reúnen para reformular la idea de la “normalidad”. En primer lugar Quetelet, a través de la mecánica social, demuestra que los fenómenos sociales azarosos siguen patrones que pueden ser predecibles a partir del uso de las leyes de probabilidad y de la ley del error utilizadas en astronomía. Así elabora la caracterización del hombre promedio a partir del cual se pueden medir los desvíos que se alejan de este modelo.¹⁴

The man which I considered is in society the analogue of the center of gravity in matter. He is a fictional being in regard to which all things happen in accordance with average results obtained for society. If the average man were ascertained for one nation, he would present the type of that nation. If he could be ascertained according to the mass of men, he would present the type of the human species altogether. (3)

Me parece importante destacar que, a pesar de la racionalidad científica que promueve estas medidas sociales, el hombre promedio sigue siendo una entidad ficcional, es decir, la normalidad prácticamente no existe en una manifestación física.

Junto a estas teorías europeas, la noción de cosmopolitismo en América Latina sufre una transformación de valor negativo. Bastan para percibirlo, algunos ejemplos de la novela naturalista que trabaja sobre estos desvíos. Quiero explorar qué función cumple el extranjero en la comprensión de las deformidades sociales que empiezan a percibirse hacia el final del siglo. La descripción de los vicios que el costumbrismo toma como base de su intención didáctica se agudiza en la versión naturalista de una sociedad profundamente invadida por la enfermedad. En las novelas europeas de la época se exponen distintas líneas que tratan de hallar los orígenes de estos males. Dejando de lado las apreciaciones más comunes que derivan del determinismo geográfico, genético o histórico (que América Latina también incorpora ideológicamente) es posible intentar otras interpretaciones relacionadas con un cambio de apreciación en lo que al cosmopolitismo se refiere.

Julián Martel describe en *La bolsa* un espacio físico reducido pero en el cual se encuentra representada la idiosincrasia de toda una nación. La bolsa es un corazón y sus parásitos, la cueva de Alí Baba, la lámpara de Aladino y, hacia el final, un monstruo que traga gente. Estas metáforas resaltan más que nada la relación con el azar y la condena de una actividad económica que nada tiene que ver con las virtudes del trabajo. Sin embargo, como destaca David Viñas, su principal atributo es el de la promiscuidad. La bolsa lo unifica todo

bajo el objetivo común del dinero. El interés económico tiene la fuerza de homologar clases sociales, religiones, nacionalidades y razas. No es la totalidad balzaciana sino el caos indescifrable que representa el mal, un mal que Martel hace derivar justamente del elemento extranjero, de una inmigración que comienza a sentirse como invasión. “...sus raíces hay que buscarlas en ‘el cosmopolitismo que tan grandes proporciones va tomando entre nosotros’. Es lo que nos explica el narrador de Martel, desconcertado porque ‘ya no se sabe lo que somos, si franceses o españoles o italianos o ingleses’” (177) ¹⁵

Al cerrar el siglo XIX, el desconcierto frente a lo extranjero sólo puede explicarse como un producto más de la crisis ideológica sobre la que se intentó redefinir el siglo después de la Revolución francesa. Por eso, para terminar, quiero proponer una mirada de lo extranjero que le devuelva su ambigüedad constitutiva.

Creo que el problema surge otra vez de la dialéctica. ¿Es posible mantener la relación entre lo particular y lo general, lo individual y lo colectivo, lo nacional y lo extranjero? Hacia finales de siglo la concepción orgánica romántica capaz de encontrar la unidad en la obra de arte y la nueva religión de la Humanidad que presuponía una comunión última, resultan en un fracaso tan real como la creencia religiosa en el cuerpo de Cristo y la igualdad del reino de Dios. En este sentido, parece que la tensión finalmente se vuelca hacia uno de los lados exponiendo la incapacidad de alcanzar la totalidad. La figura del extranjero es la muestra de que no es posible fundir las diferencias en una comunidad universal. La misma política de Sarmiento se estrella contra este obstáculo al advertir que el inmigrante no está dispuesto a asimilarse a la nueva nación de la que forma parte.

Por otro lado, la crisis del liberalismo parece afectar la credibilidad en el *laissez faire* económico y los ideales republicanos que primaron a comienzos de siglo. Me refiero a que finalmente, la ley de darwinismo social, impone una individualidad necesaria reconocida en la supervivencia del más apto. Esto justifica las invasiones extranjeras, así como también el ingreso del inmigrante que busca sólo concretar sus intereses. La figura del extranjero es siniestra porque manifiesta esta resistencia a la integración en un todo más profundo. Tal vez por eso, el extranjero en las obras literarias propuestas es la lucha contra la invasión yanqui, contra la intervención francesa, contra la competencia de intereses en el mercado de la bolsa y no la fuerza de las ideas proyectadas hacia una humanidad cosmopolita que se repliega sobre sí misma.

Notas

¹ Carina González, PhD Program. Department of Spanish and Portuguese, University of Maryland. carinafg@yahoo.com

² Intentando salvar las distancias entre lo nacional y lo universal que el Modernismo implica, Rafael Gutiérrez Girardot propone una instancia de intersección que fusiona ambos polos al hablar de un “desarrollo autóctono de la europeización”. En todo caso, apreciaciones como ésta señalan el difícil acercamiento que supone la descripción de estas tensiones ejercidas entre lo particular y lo general.

³ El bloqueo anglo francés se produce en el año 1835. A raíz de la extraña muerte del pintor Hipólito Bacle, el vicecónsul Aimé Roger presenta una queja diplomática. A esta circunstancia se agrega el inconveniente que la inestabilidad política del régimen de Rosas generaba para los intereses comerciales de estas naciones europeas.

⁴ En su estudio sobre los *Escritos Póstumos* de Alberdi, Oscar Terán señala que la visión cosmopolita del ideólogo de la constitución Argentina es producto de una convicción que se nutre, tanto del humanitarismo cristiano, como del liberalismo económico. Sin embargo no se trata de un cosmopolitismo que niega las especificidades sino de aquel que contempla la dialéctica de lo exterior y lo interior. Lo que Alberdi condena es la extremada reacción nacionalista de los defensores de Rosas. “Lo que debe morir es, en definitiva, el patriotismo *chauvin* de orígenes grecorromanos, prolongado en el purismo lingüístico de los tiempos feudales y que fue afortunadamente herido de muerte el día en que Watt inventó la máquina a vapor y así tornó anacrónicos el color local y el pintoresquismo nacional” (18)

⁵ Estos escritos fueron publicados en diferentes periódicos del Río de la Plata entre los años 1855 y 1889. En ellos Sarmiento se ocupa de distintas cuestiones suscitadas por el descuido legal en el que queda desarticulada la inmigración.

⁶ Más adelante, siguiendo una argumentación etimológica protesta contra la no incorporación del inmigrante a los deberes públicos. “No fueron, pues llamados a habitar el suelo los aventureros a caza de fortunas. Hábito. Es el vestido de cierta forma, para indicar cierta profesión de ideas, deberes, etc., ocupación, etc. Habito, habitual, habituarse. Estas palabras fijan completamente el sentido de habitar, de venir a habitar un país, es tomar sus hábitos, hacer lo que allí es habitual, legal, políticamente hablando, y es necesario para habitar un país habituarse a él, dejar sus viejos hábitos, deshacerse de anteriores y exóticas ideas”. (406)

⁷ Con la efervescencia característica de Sarmiento, los inmigrantes reales se transforman en las páginas de sus escritos en una masa de “palurdos pobres e ignorantes de las campañas”(315) Sin embargo su enojo político se diluye cuando se trata del personaje literario. Como en su descripción de Facundo Quiroga, la figura de Garibaldi contrarresta a la del italiano bruto que no asume su rol como ciudadano. “Garibaldi era un pobre capataz o capitán de goleta de tráfico, de barco o de bergantín, si se quiere, en las costas del Brasil; pero como Bonaparte surgió al mundo europeo, Garibaldi vino al Río de la Plata en momentos supremos, en que se batían los de aquí o de allá, por alcanzar grandes conquistas de derecho; en el alma heroica de Garibaldi debió apasionarse con el espectáculo y descender a tierra y pedir servicio. Estos son los comienzos humildes de los grandes hombres” (522) Me permito anticipar este tema del personaje que más adelante comentaré en otros autores.

⁸ Ver Pardo y Aliaga, Felipe. “El espejo de mi tierra”. Poesía y escritos en prosa. París: A Chaix et Cie., 1869.

⁹ Me refiero a que en los textos seleccionados lo extranjero es mucho más que el individuo, por ejemplo para Sarmiento es la civilización, para Prieto un ejército invasor, para el señor Fajardo de *El cerro de las campanas* una cultura y una literatura, para Alberdi una filosofía.

¹⁰ Es interesante destacar que, también en lo pictórico, esta segunda capa debe concebirse en función de la primera, es decir, ambas son interdependientes. Señala Daguerre, “In executing this second effect, the artist has nothing to do beyond modelling in light and shadow, without reference to local colour or to the colour of the first picture, which are seen by transmitted light as transparencies.” (83)

¹¹ En este sentido, Victor Cousin distribuye claramente el material que procede del grande hombre, adjudicando a la Historia el registro del espíritu de una nación, mientras que las pasiones comunes se vuelcan en el ámbito más reducido de los textos menores: “All great men, closely examined, remind us of the saying --“There is but one step from the sublime to the ridiculous”. Once more, there are two part in a great man -the part of the great man and the part of the man. The first alone, belong to history; the second should be abandoned to memoirs and biography; it is the vulgar part of the destinies, it is the ridiculous and comic part of the majestic drama of history.”(203)

¹² En *El gallo pitagórico* (1845), Morales crea el personaje de Erasmo Luján, quien envía una carta al periódico que él dirige relatando las circunstancias en que se encuentra con el Gallo. Basándose en la doctrina pitagórica de la trasmigración de las almas, este animal es la última encarnación del filósofo, quien llega a ser un Gallo luego de haber habitado el cuerpo de europeos y americanos.

¹³ Si bien hay un descontento con la situación actual se puede hallar un dejo de optimismo ante la afirmación siguiente : “aunque los consideraba todavía en época de revoluciones, que siempre preceden a la consolidación de un gobierno, y más en una nación nueva, en que la falta de esperiencia es preciso que la haga incurrir en mil defectos en política ; (...) supuse que con una poca constancia, y amaestrado por la esperiencia de sus propias aberraciones, llegaría el día en que ocupaseis en el mundo civilizado, el distinguido lugar que mereceis...” (22)

¹⁴ Estas apreciaciones científicas sobre la clasificación de deformidades a partir de los desvíos de la norma conducen, muchas veces, al dictamen sobre la criminalidad. No sólo Quetelet, sino algunos pensadores de América Latina, ejercen influencia en este campo, como Luis Guerrero en *La génesis del crimen en México* o Ramos Mejía en *La locura en la Historia*.

¹⁵ Una apreciación similar puede hallarse en Cambaceres que adjudicará a la inmigración el delito de haber corrompido a la sociedad, a través del determinismo genético. En parte, la crisis del liberalismo se adjudica a que esta masa de inmigrantes no supo responder con las virtudes de una verdadera práctica ciudadana.

Bibliografía

- Auerbach, Erich. *Mimesis*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996
- Balzac, Honoré de. *Obras Completas*. Trans. Rafael Cansinos Assens. Vol. 1. Madrid: Aguilar, 1971. 6 vols.
- . *Avant-Propos. Obras Completas*. Trans. Rafael Cansinos Assens. Vol 1. Madrid: Aguilar, 1971. 6 vols.
- . *Etudes sur Stendhal et la Chartreuse de Parme*. Parma: Istituto Statale D'Arte Paolo Toschi, 1967.
- Benjamin, Walter. *The Arcades Project*. Trans. Howard Eiland and Kevin McLaughlin. Boston: Harvard UP, 2002

- Bueno, Salvador. Ed. *Costumbristas cubanos del siglo XIX*. Barcelona: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Cousin, Víctor. *Course of the History of Modern Philosophy*. Trans. O. W. Wight. Vol 1. New York: D. Appleton and Company, 1852. 2 vols.
- Daguerre, Louis Jacques Mandé. *An historical and descriptive account of the various Processes of the Daguerreotype and the Diorama*. New York: Kraus Reprint, 1969.
- Frías y Soto, H. *et al.*, *Los mexicanos pintados por sí mismos*. México: Autores de Querétaro, 1986.
- Gutierrez Girardot, Rafael. *Modernismo: supuestos históricos y culturales*. Barcelona: Montesinos, 1983.
- Lukács, Georg. *Significación actual del realismo crítico*. México: Era, 1977.
- Mateos, Juan Antonio. *El cerro de las campanas*. México: Porrúa, 1985.
- Morales, Juan Bautista. *El gallo pitagórico*. México: Fontamara, 1991.
- Pardo y Aliaga, Felipe. "El espejo de mi tierra". *Poesía y escritos en prosa*. París: A Chaix et Cie., 1869
- Prieto, Guillermo. *Mi guerra del 47*. Intr. María del Carmen Ruiz Castañeda. México: UNAM, 1997
- Quetelet, Adolphe. *Research on the Propensity for Crime at Different Ages*. Trans. Sawyer F. Sylvester. Cincinnati: Anderson Publishing Co., 1984.
- Quirarte, Vicente. ed. *Teatro mexicano historia y dramaturgia*. Vol. XV *Dramaturgia de las guerras civiles e intervenciones (1810-1867)*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Riva Palacio, Vicente y Juan A. Mateos. "La catarata del Niágara." *Las lirás hermanas*. México: UNAM, 1997.
- Roa Bárcena, José María. *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*. México: Librería madrileña de Juan Buxó y Cía., 1883.
- Steiner, George. *Tolstoy or Dostoevsky*. New Haven: Yale UP, 1996.
- Terán, Oscar. *Alberdi Póstumo*. Montevideo: Punto Sur, 1988.
- Viñas, David. *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995.
- Zea, Leopoldo. *El positivismo en México*. México: Ediciones Studium, 1953.